

Impresiones del viaje de un botánico al Oriente Medio.

por Diego Rivera Nuñez

Cuando se nos planteó por nuestro amigo del IPOA Gonzalo Matilla, la posibilidad de estudiar en el terreno las plantas que llevábamos casi diez años estudiando en nuestro laboratorio no nos sentimos precisamente entusiasmados. Debo reconocer que he sentido gran admiración por la tarea de los arqueólogos y antropólogos del Instituto del Próximo Oriente Antiguo, que destripan los restos de los albores de la "cultura escrita", en medio de muchas penurias y asumiendo riesgos no siempre bien definidos ni valorados. Ahora que pasar de la admiración al trabajo de campo en Siria y Líbano puede parecer algo bastante arriesgado.

Convivir con los escorpiones del desierto y de la estepa no es lo más peligroso, ni siquiera las aguas ricas en protozoos y coliformes en permanente altercado con nuestra estabilidad intestinal. Lo más grave es la monotonía del desierto con una atmósfera casi sin humedad. Ese sol que te machaca las sienes sin que llegues a enterarte, porque la brisa te lo suaviza, y que, al final, te lleva a un golpe de calor con fiebres por encima de los cuarenta.

Tampoco la comida local es algo que entusiasme definitivamente al viajero: ensaladas de pimientos y pepinos más o menos aderezadas con vinagre de granada, y buen acompañamiento de aceitunas. Amenizan la comida diversos triturados de legumbres y carnes en picadillo acompañados de yogur y de unas obleas húmedas de pan ácimo que se resecan al menor contacto con el aire. El pollo y el cordero en modos bastante quemados son el plato fuerte. Al final del viaje uno sueña con comer una paella o simplemente se infla de bocadillos de jamón serrano en el primer bar que encuentra a mano a su regreso a España. Sin embargo no olvidaremos el lujo para el paladar que son los dulces de los pasteleros de Damasco (con pistacho, miel y azúcar en abundancia), ni los helados de Alepo, ni el café con cardamomo.

Las carreteras de buena parte de Siria han mejorado sensiblemente en los últimos años, ya no es necesario sortear las gruesas piedras plantadas en medio de los carriles para señalar los baches. Incluso se pueden alcanzar buenos promedios en las que cruzan en línea recta la estepa y el desierto. Los hoteles parecen haber progresado menos. En alguno que visitamos el precio de la habitación incluía el tarro de insecticida para combatir con una mínima esperanza de triunfo a las numerosas cucarachas que poblaban el baño.

La flora local es rica y diversa aunque la cubierta vegetal es muy escasa. Son impresionantes los robles del Djebel Ansarijeh en las proximidades de la costa, el palmeral del oasis de Palmyra, y los roquedos de las montañas blancas del Djebel Abyad, o las riberas de algunos afluentes del Eúfrates, porque en el gran río ya no quedan riberas, que todo se lo tragaron los grandes embalses. Vimos hasta regadíos invadidos de malas hierbas endémicas del estado de Missouri, lo que son las cosas del tráfico de germoplasma y de la ayuda americana al desarrollo.

No vimos ni las rosas de Damasco, ni las ciruelas de Damasco, ni las ciruelas de Siria, posiblemente porque nunca habían estado allí, como los botánicos clásicos que las nombraron supusieron. Por el contrario si vimos unos ponciles raros, el fresno de Siria, los cedros del Líbano, los antepasados silvestres de los almendros, de los perales, de la cebada, del trigo y otras muchas especies relevantes en la historia de la agricultura.

En fin que vale la pena recorrer esos países y descubrir la diversidad de sus ambientes, de su flora y vegetación y la riqueza cultural que atesoran.



Río Eufrates



Mercado de Siria